

**Versión Imagen**

OSWALDO BARRETO

## El Sistema Cosecha lo que Siembra

Seguramente, no era mi atuendo, tampoco que me mostrara despistado, lo que despertaba ese aire de conmiseración con que me recibieron en la Mesa Electoral. A fin de cuentas, andaba con un traje de domingo y no es extraño en mi amanecer en ese barrio cualquier día, pues subo frecuentemente al Avila y mi escalada comienza justamente allí, en San Bernardino. No, mis compañeros de Mesa Electoral me trataban como a un marciano a causa sólo de las preguntas que yo les formulara precipitadamente al presentarme ante ellos:

—¿Y por qué tengo que ser yo Secretario?

—¿Por qué no tenemos Presidente titular, sino un sustituto?

—¿Cómo es que hay un solo Coordinador y es del partido de gobierno?

Piadosamente, como ya dije, sin asombro ni disgusto, respondieron, casi a coro, mis preguntas. Me recordaron que la Mesa había sido instalada un día antes y que todo cuanto me inquietaba había sido acordado desde entonces.

—Y ¿por qué desde entonces?

—Pues porque antes hubo otra instancia de acuerdos.

—¿Entre quiénes?

—Pues, entre los Partidos que sacaron suficientes votos en la última elección.

Total, que todo estaba de acuerdo con la ley. Todo en orden y, para variar, el único desordenado era yo. No me quedaba otro camino que asumir mi papel de Secretario, igualmente sustituto, pues mi compañero principal seguramente se había quedado dormido.

Reconvenido yo y ellos victoriosos, declaramos abierto el proceso de votación. Sólo que entre ese instante y el de la llegada

del primer elector, transcurrió un lapso suficientemente largo como para que me hundiera otra vez en las cavilaciones que comenzaron dos días antes, cuando acepté representar al Movimiento en la Mesa Electoral. Era el bendito círculo que comenzaba por la pregunta obvia ¿Qué hago yo participando en este proceso electoral?

Bien lo sabemos, desde que existe elecciones, la fauna más abundante en el planeta es la de los que se preguntan, de manera jocosa o dramática, sobre el sentido de las elecciones.

Aquí, concretamente, desde el 63 la fauna crece. Pero yo nunca he formado parte de ella. No, más bien, todo lo contrario: yo hubiera querido votar, ¡Oh sí!, votar en lugar de estar preso e incomunicado. Votar, en lugar de estar enconchado o perdido en cualquier monte o en una tierra extraña.

Abstenerme, en una palabra, no ha sido mi asunto, incluso cuando estaba convencido de que era necesario llegar al poder y que a ningún poder llegaría la gente como yo por el camino de las elecciones.

Nunca compartí las razones de los abstencionistas, ni siquiera cuando, con tanto vigor y pertinencia, las formulara Sartre, en aquellas primeras elecciones en Francia, después de mayo del 68. Recuerdo por supuesto, el feroz artículo "Elecciones, trampa cazabobos", donde contrapone el más alto rito de la democracia, elaborado con mentiras, falacias y traiciones a la transparencia y a la fraternidad que hermanan a los hombres en la acción directa: las manifestaciones, las huelgas, la insurrección.

"La cabina electoral —decía Sartre— colocada en una sala de Escuela o en una Alcaldía, es el símbolo de todas las traiciones que el individuo puede cometer frente a los grupos de los cuales forma parte.

"La cabina le dice a cada uno: Nadie te ve, no dependes sino de ti mismo; vas a decidir secretamente y, luego, podrás ocultar tu decisión o mentir".

Y hay todavía algo peor en las elecciones, según Sartre. Peor que la tentación de traicionar es la idiotez de que estés delegando autoridad, cumpliendo con el contrato social, en la persona que tu eliges. Te estás desprendiendo de tu soberanía en favor del elegido para que te represente en los poderes. ¿Cual autoridad, dice el filó-

sofo, cuáles poderes, cuál soberanía, si tu, triste ciudadano, átomo electoral, no tienes absolutamente nada de eso. Sólo el boletín de voto te pertenece y es para enterrarlo en una urna. De allí no saldrá nada, como no ha salido nunca nada de las urnas.

Pero en la misma obra de Sartre encontramos suficientes elementos para desmontar estos argumentos tan contundentemente antielecciones.

¿Cómo pensar que basta el aislamiento de la cabina para romper la comunidad que puede haberse establecido entre electores y candidatos? Y, si bien es cierto que la autoridad, la soberanía del electorado no es más que una ficción, ¿quién puede negar que la votación sirve para fundar, para constituir el poder del elegido?

En otras palabras —y ya más allá de cualquier especulación teórica— la historia política de Venezuela, particularmente la de estas últimas décadas, nos muestra que si pueden crearse las posibilidades para que el pueblo imponga su voluntad a través de un proceso electoral. Así, la alternabilidad de dos partidos políticos en los órganos decisivos del poder central ha sido impuesta por el electorado. Y la última elección presidencial mostró incluso una manifiesta capacidad de captar la complejidad de una situación política y, en consonancia, matizar el voto. La decisión del electorado fue clara, efectivamente: por un lado, el electorado votó por el candidato de AD a la Presidencia y, por el otro, votó por aquellos candidatos y formaciones políticas que más severamente habían criticado la política de este mismo partido, adelantada por el Presidente saliente y su equipo. Asimismo, después de diciembre del 88, en Venezuela hemos vivido dos órdenes de fenómenos que pueden arrojar luz sobre el sentido de las elecciones. En primer lugar, la política que diestramente ha seguido la oposición en el Congreso, encaminada a condenar las prácticas de corrupción y violación sistemática del ordenamiento jurídico por parte de quienes gobiernan, se ha traducido en decisiones políticas, jurídicas y éticas inconcebibles una década atrás. Decisiones judiciales, encuestas de comisiones parlamentarias, toma de posiciones éticas por parte de un Partido que se ha caracterizado por la prepotencia y el desenfado con que ha ejercido la hegemonía política, todo esto ha desencadenado un salutorio (y ciertamente embrionario) proceso de saneamiento de la vida pública en Venezuela: y esto ha sido posible, repetimos, gracias a la actividad continua y perspicaz de quienes fueron electos por reclamarse dispuestos a realizar ese tipo de acción política. En

segundo lugar, los sucesos del 27 de febrero demostraron que la gente no se siente maniatada por la expresión de un voto, ni condenada a esperar una nueva ocasión de votar para manifestar su rechazo a determinada política. No es un secreto para nadie, en efecto, que cuanto sucedió en febrero expresaba la condena a la política que, en contradicción con su propio programa, el Presidente recién electo permitía que adelantaran los sectores dominantes en la economía y en la sociedad del país. La gente reclamó en febrero que se diera un viraje en la vida económica cónsono con lo que ofreció el candidato en su campaña presidencial.

¿Por qué, entonces —y volvemos a nuestro asunto— este desinterés por las elecciones, anunciado de todas las formas y en todos los medios, y corroborado por esta prolongada carencia de electores en las filas de voto? ¿Por qué, tenemos que preguntarnos de nuevo, —y ahora con mayor pertinencia—, qué sentido tiene la participación en un proceso eleccionario?.



La llegada al recinto de una linda muchacha, casi una niña, interrumpe el desordenado ritmo de nuestras conversaciones y nos introduce en la especificidad en los rasgos concretos, particulares de estas elecciones. Tal era la juventud de nuestra primer votante, tal su lozanía y frescura que no pude dejar de preguntarle:

—¿Virgen verdad? Electoralmente hablando, por supuesto.

La respuesta fue pronta y categórica.

—Ni siquiera: ¡Dejé de serlo en diciembre pasado!

Y la niña se encerró en la cabina y nosotros, los de la mesa, nos enfrascamos en el primer diálogo sobre estas elecciones.

Nos pareció a todos que el entusiasmo de la joven sólo se explicaba por su novísimo condición de electora. Aún no había tenido tiempo de cansarse, de desinteresarse y desencontrarse ante el supremo rito de las democracias representativas. Se trataba, sin duda, de una joven militante, orgullosa de afirmar la plenitud de sus derechos de ciudadanos.

Pero esa explicación encerraba una trampa: de cierto modo, ante estas elecciones, hasta los más viejos éramos vírgenes. Por primera vez elegíamos alcaldes (y en casi todo el resto de las circunscripciones electorales, por primera vez se elegían gobernadores). Y, por fin, se nos daba ocasión de escoger nominalmente a nuestros Concejales. Y como complemento de tan novísimos po-

deres, nos encontrábamos con la posibilidad de compartir nuestros derechos de venezolanos con aquellos extranjeros que residen en el país desde hace diez años. Estábamos, en una palabra, ante un proceso electoral novedosísimo. Nuestras responsabilidades como funcionarios de mesa se veían potencialmente comentadas hasta atemorizarnos: ¿Qué podría pasar si cada elector se encerraba una docena o más de minutos para escoger a uno de sus candidatos al Concejo? Ya aquí en esta mesa, ubicada en un barrio de tantos extranjeros ¿qué podríamos hacer para ayudar a los que ignoraban nuestra ya sofisticada manera de votar?

Muy efímero fue el interés que despertó la bella votante, muy poco fundadas nuestras expectativas. En cuatro horas de voto, apenas si habían pasado por la cabina setenta electores. ¡Setenta de los cuatrocientos setenta y seis ciudadanos inscritos en nuestra mesa! Y no porque tardaran mucho en elaborar su voto, sino porque llegaban a la mesa uno a uno, con toda parsimonia. Y en cuatro horas, en esta mesa donde abundan los apellidos raros, ¡ni un solo extranjero! Todos los escasísimos sufragantes éramos venezolanos.

Ya antes del mediodía, el desinterés, la frialdad de nuestros votantes había servido para revelarnos a nosotros mismos nuestro propio desinterés, nuestra debilitada pasión cívica. Las más negras perspectivas —que asomaban como las únicas posibilidades reales—: un abstencionismo aún mayor al pesimista sesenta por ciento, o un resultado adverso a nuestros candidatos, en el fondo, ¿qué podría importarnos! ¿Nuestros candidatos? Si apenas habíamos oído hablar de uno o dos dentro de los setecientos nombres que llenaban la papeleta para elegir concejales!

Muy temprano llegó a nuestra mesa la hora del cinismo y el humor negro con que se acostumbra en nosotros, los venezolanos, enfrentar cualquier situación que al más extraño le puede parecer desconcertante. Como siempre, comenzamos a zaherirnos los unos a los otros. A marcar, de esa manera, nuestras diferencias políticas. Y del ataque pasamos a la burla y, de la burla al otro pasamos a burlarnos de nosotros mismos.

—¿Qué te puede importar el resultado para Alcaldes —decía uno— si los dos candidatos que tienen chance son tan semejantes, tan iguales, que se van a votar reciprocamente: Miguel por Claudio y Claudio por Miguel?

Ya van a decir —apuntaba el otro— que la gente se ha abstenido para condenar el sistema, para condenar a los corruptos! No hombre, vale. Se han abstenido porque querían dormir o jugar cartas y si no, es que somos todos idiotas, pues qué le puede importar a Caludio que lo elija el 5% de los electores. Lo que le importa es ganar. Y a los Partidos! con tal metan un chorro de concejales, alcaldes, gobernadores. ¡Qué importa que esto se logre con el 1 o con el 99%! ¡Qué diablos importa!

—No, replica el otro, yo me siento muy bien aquí: oyéndolos a ustedes me doy cuenta que yo no soy el único en pensar que las vainas van mal y siguen yendo mal, a pesar de lo que hagan los partidos y a pesar de todas las elecciones.

Si, todos confesamos que éramos distintos a cuando entramos: creíamos que nos íbamos a encontrar con otros y nos encontramos con nosotros mismos. Y esta conciencia común de nuestra condición de átomos, pero de átomos fraternales, no antagónicos, nos hizo recordar ese domingo de elecciones los versos de Guillermo Apollinaire:

**‘Pero sus rostros y sus actitudes  
se volvieron de pronto menos fúnebres  
El cielo y la tierra perdieron  
Su aspecto aquel fantasmagórico**

Y nos condujeron de nuevo a las cavilaciones propias sobre las elecciones, que, en mi caso, quisieran desembocar en algunas consideraciones.



Hay democracias, firmes o en proceso de consolidarse, donde un abstencionismo en elecciones municipales o regionales, de setenta u ochenta por ciento, no es insólito ni desconcierta a nadie. En Estados Unidos, hasta en las elecciones presidenciales, como bien se sabe, es frecuente toparse con elevadísimo abstencionismo. En la Alemania post Adenauer y en la Italia post De Gasperi, es decir, en sociedades que emprendían decididamente un camino de rectificación democrática de sistemas totalitarios, lo frecuente en todo tipo de elecciones era el ausentismo del electorado. En Francia es tal el desinterés que ha ganado a sectores tradicionalmente

politizados que, algún analista político ha hablado de la "anorexia política de los franceses".

Podríamos, entonces, a falta de otros índices que nos igualem con las sociedades desarrolladas, sentirnos hasta orgullosos de nuestro creciente abstencionismo electoral.

Pura irresponsabilidad, pura insensatez tomar ese camino. Basta ver el papel que desempeñan las fuerzas armadas en cada proceso electoral, el despliegue imponente de efectivos militares en traje de campaña, presentes en los principales lugares de votación, para darnos cuenta que nos encontramos con una democracia, si no realmente acechada, incuestionablemente todavía tutorada. Por otra parte, no cabe subestimar el poco eco que ha encontrado en la opinión pública, el mayor esfuerzo que el sistema ha realizado para extender y hacer real la democracia. La elección directa de Gobernadores, la reintroducción de un verdadero representante de la comunidad ante el Estado, como sería la figura del Alcalde y la invitación a servirse del derecho a elegir nominalmente a los concejales, constituyen caminos adecuados para que los ciudadanos sean más activos en la toma de decisiones públicas y en el funcionamiento de la vida económica, política y social. ¡Cómo subestimar, repetimos, el poco interés que la sociedad ha mostrado por este diversificado empeño de profundizar la democracia en el país!

Pero, aparte del juicio que podamos hacernos sobre el abstencionismo, creemos que es indispensable indagar con algún rigor sobre lo que realmente representa, sobre sus causas y sus posibles alcances.

Y en este propósito, una cosa nos aparece clara: el abstencionismo en nuestras elecciones del 3 de diciembre no representa, precisamente, un síntoma de anorexia política, de pérdida de apetito por los bienes de la vida pública. Representa el rechazo a identificar la preocupación por el destino del país, por sus regiones, por nuestra vida cotidiana, con lo que se nos ofrece en estas elecciones. Aún confusamente, la gente percibe la ficción que existe en pretender que hay algo distinto en esta designación de gobernadores, alcaldes y concejales.

El sistema utiliza los manidos procedimientos impositivos y autoritarios de presentación de candidatos y conformación de listas e invita al electorado a escoger sus candidatos. El sistema ha tratado precipitadamente de convencernos que con esta elec-



ción tendremos por fin quien nos represente, quien nos sirva para ejercer nuestros derechos reales, nuestros derechos civiles. Pero el elector se encuentra con desconocidos o con aquellos mismos políticos que sólo excepcionalmente hemos visto involucrarse en los problemas que vivimos, cada vez más angustiosamente, en nuestra vida diaria. ¿De qué nos sirven, de qué nos han servido, mejor, nuestros representantes, para afrontar los problemas de salud, de educación, de distracción y hasta de subsistencia?

La política, decía Togliatti, es el arte de la diferenciación. Diferenciarse, no sólo en el discurso, sino en la acción. En treinta años de ejercicio democrático, nuestros partidos nos han ido acostumbrando a convivir con una clase de políticos, con un "país político", como barbaramente se dice, donde hay muy poca diferencia en esos vínculos entre política y vida cotidiana, entre vida parlamentaria o edilicia y vida cotidiana. Entre una elección y otra, en efecto, cuáles son los representantes que se diferencian por su sensibilidad con los problemas cotidianos de la gente; dónde, en qué forma, cuándo se ha manifestado esta solidaridad orgánica, ideal, entre representantes y representados, entre políticos y ciudadanos.

Muy pocos esfuerzos ha hecho el sistema (el gobierno y sus instituciones, los partidos, los mass-media) para darle un contenido real a esta supuesta batalla pacífica entre posiciones distintas que suponemos constituye todo proceso electoral. Muy pocas tradiciones de diferenciación, de espíritu de consecuencia en el combate por afirmar posiciones distintas, para ofrecer al electorado opciones realmente claras, realmente tentadoras, aún para quien se interese apasionadamente por la política.

El sistema ha recogido lo que ha sembrado. Y la respuesta es clara, no sólo en el abstencionismo, sino en los votos expresados. Los políticos que han batallado por algo distinto —en la conducción de los asuntos públicos, en las políticas económicas, en el enfrentamiento a feudos y privilegios, persistentemente vivos en nuestro sistema —han encontrado respaldo, sean o no triunfadores. Las listas nominales, apenas si han servido para complicar un poco más los escrutinios. Por otra parte, la idea de que algo nuevo ha sucedido con estas elecciones cargadas de novedad, sólo puede tener un fundamento incuestionable: allí donde mayor desarrollo ha alcanzado la clase obrera (¡Oh categoría en desuso!): Anzoátegui, Guayana, Carabobo, Miranda y Zulia, allí ha perdido AD, el parti-

do de Gobierno, cuya hegemonía está basada precisamente en el dominio indiscutido que por 30 años ha ejercido en el seno de esta clase.

Queda, para concluir con algún optimismo, esperar que la acción de tantísimos nuevos representantes sirva para invertir el refrán que dice "en el pecado va la condena", en su opuesto. En la condena yace la virtud. Si hoy no ha habido interés, entusiasmo alguno por elegir a Gobernadores, Alcaldes o Concejales o es porque conocemos bien los candidatos o es porque jamás los hemos visto en nuestro quehacer cotidiano.

Una nueva fauna ha aparecido en el escenario político: la gente que funda su representación en lo que todavía es una ficción: el ascendiente personal, la autoridad con que cuenta en el seno del pueblo, el hipotético detentor de toda su soberanía. Ojalá la acción que esta nueva fauna acomete permita que lo que hoy es una ficción se vuelva mañana una realidad cotidiana, como son cotidianos los problemas que interesan a la mayoría de los ciudadanos, a la mayoría de los que esta vez se quedaron en casa.

**Versión Texto**

OSWALDO BARRETO

## El Sistema Cosecha lo que Siembra

Seguramente, no era mi atuendo, tampoco que me mostrara despistado, lo que despertaba ese aire de conmiseración con que me recibieron en la Mesa Electoral. A fin de cuentas, andaba con un traje de domingo y no es extraño en mi amanecer en ese barrio cualquier día, pues subo frecuentemente al Ávila y mi escalada comienza justamente allí, en San Bernardino. No, mis compañeros de Mesa Electoral me trataban como a un marciano a causa sólo de las preguntas que yo les formulara precipitadamente al presentarme ante ellos:

- ¿Y por qué tengo que ser yo Secretario?
- ¿Por qué no tenemos Presidente titular, sino un sustituto?
- ¿Cómo es que hay un solo Coordinador y es del partido de gobierno?

Piadosamente, como ya dije, sin asombro ni disgusto, respondieron, casi a coro, mis preguntas. Me recordaron que la Mesa había sido instalada un día antes y que todo cuanto me inquietaba había sido acordado desde entonces.

- Y ¿por qué desde entonces?
- Pues porque antes hubo otra instancia de acuerdos.
- ¿Entre quiénes?
- Pues, entre los Partidos que sacaron suficientes votos en la última elección.

Total, que todo estaba de acuerdo con la ley. Todo en orden y, para variar, el único desordenado era yo. No me quedaba otro camino que asumir mi papel de Secretario, igualmente sustituto, pues mi compañero principal seguramente se había quedado dormido.

Reconvenido yo y ellos victoriosos, declaramos abierto el proceso de votación. Sólo que entre ese instante y el de la llegada del primer elector, transcurrió un lapso suficientemente largo como para que me hundiera otra vez en las cavilaciones que comenzaron dos días antes, cuando acepté representar al Movimiento en la Mesa Electoral. Era el bendito círculo que comenzaba por la pregunta obvia ¿Qué hago yo participando en este proceso electoral?

Bien lo sabemos, desde que existe elecciones, la fauna más abundante en el planeta es la de los que se preguntan, de manera jocosa o dramática, sobre el sentido de las elecciones.

Aquí, concretamente, desde el 63 la fauna crece. Pero yo nunca he formado parte de ella. No, más bien, todo lo contrario: yo hubiera querido votar, ¡Oh si!, votar en lugar de estar preso e incomunicado. Votar, en lugar de estar enconchado o perdido en cualquier monte o en una tierra extraña.

Abstenerme, en una palabra, no ha sido mi asunto, incluso cuando estaba convencido de que era necesario llegar al poder y que a ningún poder llegaría la gente como yo por el camino de las elecciones.

Nunca compartí las razones de los abstencionistas, ni siquiera cuando, con tanto vigor y pertinencia, las formulara Sartre, en aquellas primeras elecciones en Francia, después de mayo del 68. Recuerdo por supuesto, el feroz artículo "Elecciones, trampa cazabobos", donde contrapone el más alto rito de la democracia, elaborado con mentiras, falacias y traiciones a la transparencia y a la fraternidad que hermanan a los hombres en la acción directa: las manifestaciones, las huelgas, la insurrección.

"La cabina electoral" –decía Sartre– colocada en una sala de Escuela o en una Alcaldía, es el símbolo de todas las traiciones

que el individuo puede cometer frente a los grupos de los cuales forma parte.

"La cabina le dice a cada uno: Nadie te ve, no dependes sino de ti mismo; vas a decidir secretamente y, luego, podrás ocultar tu decisión o mentir".

Y hay todavía algo peor en las elecciones, según Sartre. Peor que la tentación de traicionar es la idiotez de que estés delegando autoridad, cumpliendo con el contrato social, en la persona que tu eliges. Te estás desprendiendo de tu soberanía en favor del elegido para que te represente en los poderes. ¿Cuál autoridad, dice el filósofo, cuáles poderes, cuál soberanía, si tú, triste ciudadano, átomo electoral, no tienes absolutamente nada de eso. Sólo el boletín de voto te pertenece y es para enterrarlo en una urna. De allí no saldrá nada, como no ha salido nunca nada de las urnas.

Pero en la misma obra de Sartre encontramos suficientes elementos para desmontar estos argumentos tan contundentemente antielecciones.

¿Cómo pensar que basta el aislamiento de la cabina para romper la comunidad que puede haberse establecido entre electores y candidatos? Y, si bien es cierto que la autoridad, la soberanía del electorado no es más que una ficción, ¿quién puede negar que la votación sirve para fundar, para constituir el poder del elegido?

En otras palabras –y ya más allá de cualquier especulación teórica– la historia política de Venezuela, particularmente la de estas últimas décadas, nos muestra que sí pueden crearse las posibilidades para que el pueblo imponga su voluntad a través de un proceso electoral. Así, la alternabilidad de dos partidos políticos en los órganos decisivos del poder central ha sido impuesta por el electorado. Y la última elección presidencial mos-

tró incluso una manifiesta capacidad de captar la complejidad de una situación política y, en consonancia, matizar el voto. La decisión del electorado fue clara, efectivamente: por un lado, el electorado votó por el candidato de AD a la Presidencia y, por el otro, votó por aquellos candidatos y formaciones políticas que más severamente habían criticado la política de este mismo partido, adelantada por el Presidente saliente y su equipo. Asimismo, después de diciembre del 88, en Venezuela hemos vivido dos órdenes de fenómenos que pueden arrojar luz sobre el sentido de las elecciones. En primer lugar, la política que diestramente ha seguido la oposición en el Congreso, encaminada a condenar las prácticas de corrupción y violación sistemática del ordenamiento jurídico por parte de quienes gobiernan, se ha traducido en decisiones políticas, jurídicas y éticas inconcebibles una década atrás. Decisiones judiciales, encuestas de comisiones parlamentarias, toma de posiciones éticas por parte de un Partido que se ha caracterizado por la prepotencia y el desenfado con que ha ejercido la hegemonía política, todo esto ha desencadenado un salutorio (y ciertamente embrionario) proceso de saneamiento de la vida pública en Venezuela: y esto ha sido posible, repetimos, gracias a la actividad continua y perspicaz de quienes fueron electos por reclamarse dispuestos a realizar ese tipo de acción política. En segundo lugar, los sucesos del 27 de febrero demostraron que la gente no se siente maniatada por la expresión de un voto, ni condenada a esperar una nueva ocasión de votar para manifestar su rechazo a determinada política. No es un secreto para nadie, en efecto, que cuanto sucedió en febrero expresaba la condena a la política que, en contradicción con su propio programa, el Presidente recién electo permitía que adelantaran los sectores dominantes en la economía y en la sociedad del país. La gente reclamó en febrero que se diera un viraje en la vida económica cónsono con lo que ofreció el candidato en su campaña presidencial.

¿Por qué, entonces –y volvemos a nuestro asunto– este desinterés por las elecciones, anunciado de todas las formas y en

todos los medios, y corroborado por esta prolongada carencia de electores en las filas de voto? ¿Por qué, tenemos que preguntarnos de nuevo, —y ahora con mayor pertinencia—, qué sentido tiene la participación en un proceso electoral?



La llegada al recinto de una linda muchacha, casi una niña, interrumpe el desordenado ritmo de nuestras conversaciones y nos introduce en la especificidad en los rasgos concretos, particulares de estas elecciones. Tal era la juventud de nuestra primer votante, tal su lozanía y frescura que no pude dejar de preguntarle:

- ¿Virgen verdad? Electoralmente hablando, por supuesto. La respuesta fue pronta y categórica.

- Ni siquiera: ¡Dejé de serlo en diciembre pasado! Y la niña se encerró en la cabina y nosotros, los de la mesa, nos enfrascamos en el primer diálogo sobre estas elecciones.

Nos pareció a todos que el entusiasmo de la joven sólo se explicaba por su novísima condición de electora. Aún no había tenido tiempo de cansarse, de desinteresarse y desencontrarse ante el supremo rito de las democracias representativas. Se trataba, sin duda, de una joven militante, orgullosa de afirmar la plenitud de sus derechos de ciudadanos.

Pero esa explicación encerraba una trampa: de cierto modo, ante estas elecciones, hasta los más viejos éramos vírgenes. Por primera vez elegíamos alcaldes (y en casi todo el resto de las circunscripciones electorales, por primera vez se elegían gobernadores). Y, por fin, se nos daba ocasión de escoger nominalmente a nuestros Concejales. Y como complemento de tan novísimos poderes, nos encontrábamos con la posibilidad de compartir nuestros derechos de venezolanos con aquellos extranjeros que residen en el país desde hace diez años. Estábamos, en una



palabra, ante un proceso electoral novedosísimo. Nuestras responsabilidades como funcionarios de mesa se veían potencialmente comentadas hasta atemorizarnos: ¿Qué podría pasar si cada elector se encerraba una docena o más de minutos para escoger a uno de sus candidatos al Concejo? Ya aquí en esta mesa, ubicada en un barrio de tantos extranjeros ¿qué podríamos hacer para ayudar a los que ignoraban nuestra ya sofisticada manera de votar?

Muy efímero fue el interés que despertó la bella votante, muy poco fundadas nuestras expectativas. En cuatro horas de voto, apenas si habían pasado por la cabina setenta electores. ¡Setenta de los cuatrocientos setenta y seis ciudadanos inscritos en nuestra mesa! Y no porque tardaran mucho en elaborar su voto, sino porque llegaban a la mesa uno a uno, con toda parsimonia. Y en cuatro horas, en esta mesa donde abundan los apellidos raros, ¡ni un solo extranjero! Todos los escasísimos sufragantes éramos venezolanos.

Ya antes del mediodía, el desinterés, la frialdad de nuestros votantes había servido para revelarnos a nosotros mismos nuestro propio desinterés, nuestra debilitada pasión cívica. Las más negras perspectivas —que asomaban como las únicas posibilidades reales—: un abstencionismo aún mayor al pesimista sesenta por ciento, o un resultado adverso a nuestros candidatos, en el fondo, ¡qué podría importarnos! ¿Nuestros candidatos? Si apenas habíamos oído hablar de uno o dos dentro de los setecientos nombres que llenaban la papeleta para elegir concejales!

Muy temprano llegó a nuestra mesa la hora del cinismo y el humor negro con que se acostumbra en nosotros, los venezolanos, enfrentar cualquier situación que al más extraño le puede parecer desconcertante. Como siempre, comenzamos a zaherirnos los unos a los otros. A marcar, de esa manera, nuestras diferencias políticas. Y del ataque pasamos a la burla y de la burla al otro, pasamos a burlarnos de nosotros mismos.

- ¿Qué te puede importar el resultado para Alcaldes – decía uno– si los dos candidatos que tienen chance son tan semejantes, tan iguales, que se van a votar recíprocamente?: ¿Miguel por Claudio y Claudio por Miguel?

¡Ya van a decir –apuntaba el otro– que la gente se ha abstenido para condenar el sistema, para condenar a los corruptos! No hombre, vale. Se han abstenido porque querían dormir o jugar cartas y si no, es que somos todos idiotas, pues qué le puede importar a Claudio que lo elija el 5% de los electores. Lo que le importa es ganar. ¡Y a los Partidos! con tal metan un chorro de concejales, alcaldes, gobernadores. ¡Qué importa que esto se logre con el 1 o con el 99%! ¡Qué diablos importa!

- No, replica el otro, yo me siento muy bien aquí: oyéndolos a ustedes me doy cuenta que yo no soy el único en pensar que las vainas van mal y siguen yendo mal, a pesar de lo que hagan los partidos y a pesar de todas las elecciones.

Sí, todos confesamos que éramos distintos a cuando entramos: creíamos que nos íbamos a encontrar con otros y nos encontramos con nosotros mismos. Y esta conciencia común de nuestra condición de átomos, pero de átomos fraternales, no antagónicos, nos hizo recordar ese domingo de elecciones los versos de Guillermo Apollinaire:

**"Pero sus rostros y sus actitudes  
se volvieron de pronto menos fúnebres  
El cielo y la tierra perdieron  
Su aspecto aquel fantasmagórico**

Y nos condujeron de nuevo a las cavilaciones propias sobre las elecciones, que, en mi caso, quisieran desembocar en algunas consideraciones.



Hay democracias, firmes o en proceso de consolidarse, donde un abstencionismo en elecciones municipales o regionales, de setenta u ochenta por ciento, no es insólito ni desconcierta a nadie. En Estados Unidos, hasta en las elecciones presidenciales, como bien se sabe, es frecuente toparse con elevadísimo abstencionismo. En la Alemania post Adenauer y en la Italia post De Gasperi, es decir, en sociedades que emprendían decididamente un camino de rectificación democrática de sistemas totalitarios, lo frecuente en todo tipo de elecciones era el ausentismo del electorado. En Francia es tal el desinterés que ha ganado a sectores tradicionalmente politizados que, algún analista político, ha hablado de la "anorexia política de los franceses".

Podríamos, entonces, a falta de otros índices que nos iguallen con las sociedades desarrolladas, sentirnos hasta orgullosos de nuestro creciente abstencionismo electoral.

Pura irresponsabilidad, pura insensatez tomar ese camino. Basta ver el papel que desempeñan las fuerzas armadas en cada proceso electoral, el despliegue imponente de efectivos militares en traje de campaña, presentes en los principales lugares de votación, para darnos cuenta que nos encontramos con una democracia, si no realmente acechada, incuestionablemente todavía tutoreada. Por otra parte, no cabe subestimar el poco eco que ha encontrado en la opinión pública, el mayor esfuerzo que el sistema ha realizado para extender y hacer real la democracia. La elección directa de Gobernadores, la reintroducción de un verdadero representante de la comunidad ante el Estado, como sería la figura del Alcalde y la invitación a servirse del derecho a elegir nominalmente a los concejales, constituyen caminos adecuados para que los ciudadanos sean más activos en la toma de decisiones públicas y en el funcionamiento de la vida económica, política y social. ¡Cómo subestimar, repetimos, el poco interés que la sociedad ha mostrado por este diversificado empeño de profundizar la democracia en el país!

Pero, aparte del juicio que podamos hacernos sobre el abstencionismo, creemos que es indispensable indagar con algún rigor sobre lo que realmente representa, sobre sus causas y sus posibles alcances.

Y en este propósito, una cosa nos aparece clara: el abstencionismo en nuestras elecciones del 3 de diciembre no representa, precisamente, un síntoma de anorexia política, de pérdida de apetito por los bienes de la vida pública. Representa el rechazo a identificar la preocupación por el destino del país, por sus regiones, por nuestra vida cotidiana, con lo que se nos ofrece en estas elecciones. Aun confusamente, la gente percibe la ficción que existe en pretender que hay algo distinto en esta designación de gobernadores, alcaldes y concejales.

El sistema utiliza los manidos procedimientos impositivos y autoritarios de presentación de candidatos y conformación de listas e invita al electorado a escoger sus candidatos. El sistema ha tratado precipitadamente de convencernos que con esta elección tendremos por fin quien nos represente, quien nos sirva para ejercer nuestros derechos reales, nuestros derechos civiles. Pero el elector se encuentra con desconocidos o con aquellos mismos políticos que sólo excepcionalmente hemos visto involucrarse en los problemas que vivimos, cada vez más angustiosamente, en nuestra vida diaria. ¿De qué nos sirven, de qué nos han servido, mejor, nuestros representantes, para afrontar los problemas de salud, de educación, de distracción y hasta de subsistencia?

La política, decía Togliatti, es el arte de la diferenciación. Diferenciarse, no sólo en el discurso, sino en la acción. En treinta años de ejercicio democrático, nuestros partidos nos han ido acostumbrando a convivir con una clase de políticos, con un "país político", como bárbaramente se dice, donde hay muy poca diferencia en esos vínculos entre política y vida cotidiana, entre vida parlamentaria o edilicia y vida cotidiana. Entre una elec-

ción y otra en efecto, cuáles son los representantes que se diferencian por su sensibilidad con los problemas cotidianos de la gente; dónde, en qué forma, cuando se ha manifestado esta solidaridad orgánica, ideal, entre representantes y representados, entre políticos y ciudadanos.

Muy pocos esfuerzos ha hecho el sistema (el gobierno y sus instituciones, los partidos, los mass-media) para darle un contenido real a esta supuesta batalla pacífica entre posiciones distintas que suponemos constituye todo proceso electoral. Muy pocas tradiciones de diferenciación, de espíritu, de consecuencia en el combate por afirmar posiciones distintas, para ofrecer al electorado opciones realmente claras, realmente tentadoras, aún para quien se interese apasionadamente por la política.

El sistema ha recogido lo que ha sembrado. Y la respuesta es clara, no sólo en el abstencionismo, sino en los votos expresados. Los políticos que han batallado por algo distinto —en la conducción de los asuntos públicos, en las políticas económicas, en el enfrentamiento a feudos y privilegios, persistentemente vivos en nuestro sistema— han encontrado respaldo, sean o no triunfadores. Las listas nominales, apenas si han servido para complicar un poco más los escrutinios. Por otra parte, la idea de que algo nuevo ha sucedido con estas elecciones cargadas de novedad, sólo puede tener un fundamento incuestionable: allí donde mayor desarrollo ha alcanzado la clase obrera (¡Oh categoría en desuso!): Anzoátegui, Guayana, Carabobo, Miranda y Zulia, allí ha perdido AD, el partido de Gobierno, cuya hegemonía está basada precisamente en el dominio indiscutido que por 30 años ha ejercido en el seno de esta clase.

Queda, para concluir con algún optimismo, esperar que la acción de tantísimos nuevos representantes sirva para invertir el refrán que dice "en el pecado va la condena", en su opuesto. En la condena yace la virtud. Si hoy no ha habido interés, entusiasmo alguno por elegir a Gobernadores, Alcaldes o Concejales o

es porque conocemos bien los candidatos o es porque jamás los hemos visto en nuestro quehacer cotidiano.

Una nueva fauna ha aparecido en el escenario político: la gente que funda su representación en lo que todavía es una ficción: el ascendiente personal, la autoridad con que cuenta en el seno del pueblo, el hipotético detentor de toda su soberanía. Ojalá la acción que esta nueva fauna acomete permita que lo que hoy es una ficción se vuelva mañana una realidad cotidiana, como son cotidianos los problemas que interesan a la mayoría de los ciudadanos, a la mayoría de los que esta vez se quedaron en casa.